



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

LOS COCHEROS AMABLES



—¿Dónde tiene usted los ojos, so morral? ¡Pues no se iba á meter entre las patas del caballo el tío sinvergüenza éste!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Una visita de encargo, por Juan Pérez Zuñiga.—La bañita, por Ricardo J. Calarines.—Bibliografía festiva, por Antonio Sánchez Pérez.—Relatos, por Sixto Delgado.—Los hombres de acción, por F. Serrano de la Pedrosa.—Chismes y mentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Los cocheros amables.—La ordenanza.—Anuncios, por Cilla.



Figueira.

Todos los días aparece en la playa, en el Casino ó en el jardín público alguna nueva familia española, que viene á sumergirse en estas aguas.

Comienzan á escasear las habitaciones, y á lo mejor está uno en su casa, á medio vestir, y entra el marido adelante en matrimonio empolvado que acaba de dejar el tren y se introduce en la primera habitación que encuentra en el camino, preguntando:

—¿Se alquila esta casa?

Ayer, mientras me ponía unos calcetines nuevos, con ánimo de ir á recibir á la compañía de zarzuela española que va á actuar en el teatro del Circo, entró en mi dormitorio un sujeto, del brazo de una señora, y tuve que taparme con lo primero que encontré á mano, para que no me viesen las formas.

—¿Por qué no han llamado ustedes?—dije yo, al tiempo de echarme una colcha por los hombros.

—Porque colcha por el hombro abierta y creímos que se alquilaba esta habitación.

—Pues ya está alquilada.

—Usted dispense—añadió la señora, tapándose el rostro con un plato soperero que estaba sobre la mesa de noche.

Hay en este país tal confianza en la buena fe de los vecinos, que nadie cierra la puerta de la calle y, sin embargo, ni se cometen robos, ni ocurre la menor desgracia. Lo único que sucede es algo de esto que acabo de referir.

En los veintitantos días que llevo en Figueira, ya han entrado en mi casa tres familias numerosas, preguntando el precio del alquiler. Otro día entró un cura extremeño y se sentó sobre una cama.

—¿Qué hace usted aquí?—le pregunté sorprendido.

—No es ésta la casa de D. Victorino, el de Almendralejo?—dijo él.

—No, señor; esta casa es mía.

—Entonces el cura se levantó tranquilamente, diciendo:

—Vaya, pues no hay nada perdido.

Y al tiempo de marcharse se me llevó un puro que yo tenía reservado para regalárselo al músico mayor de una banda de aficionados que hay aquí, con objeto de captarme sus simpatías á ver si consigo que toque más piano.

En medio de todo, es agradable esta vida de intimidad y franqueza que se hace en Portugal. Nada de lujo, nada de etiquetas ridículas; aquí nos tratamos todos con la misma confianza que si nos hubiésemos conocido desde pequeños.

La otra tarde, en el rompeolas, vino un sujeto por detrás y me tapó los ojos con ambas manos. Yo comencé á forcejear para desasirme y él se reía como un bendito. De pronto me soltó; yo volví la cabeza incomodado y me encontré de manos á boca con un señorito á quien no conocía.

—Soy yo—dijo él.—Entre españoles debe de reinar la mayor confianza.

Y ¡zas! me atizó un puñetazo en un hombro; entonces yo le di-

una patada en un vacío, y así estuvimos, durante cinco ó seis minutos, apañándonos lapsos con la mayor fraternidad.

En tierra extranjera los lazos del patriotismo se estrechan hasta tal punto que el mejor día le rompo un hueso al señorito.

No sé si he dicho ya que esta playa es superior á la de Espinho, otro de los puntos de Portugal más visitado por los españoles, y estoy por añadir que el personal de bañistas es aquí más selecto. Por de pronto, ha llegado una marquesa viuda, con un criado negro, que la sigue á todas partes y le echa la sábana al salir del baño.

La marquesa no quiere ir al Casino por las noches, porque dice que no le gusta rozarse con gente desconocida. Yo no sé qué casta de pájaro será esta marquesa; lo único que puedo decir es que pisa con el contrafuerte; anteaer la vi las botas, que había puesto á secar en la ventana de su cuarto, y me quedé atónito. Parece mentira que con aquellas botas se pueda ostentar un título nobiliario. Además, el negro se ha desfeitado completamente á causa de un chaparrón que cayó ayer, y hemos sacado en consecuencia que el tal negro es hijo de una portera de la calle de la Pingarrona, que ha venido con la marquesa en clase de sirviente, después de haberse dejado untar con betún mate.

La marquesa se baña envuelta en un traje severo de lana azul con vivos amarillos; en el pecho lleva bordada una corona y debajo las iniciales entrelazadas; entra en el mar con guantes de cabritilla y mira desdeñosamente á todo el mundo.

El negro se coloca á la orilla con la sábana y le dice la marquesa:

—Peters, ¿estás dispuesto?

—Sí, excelencia—contesta él, y abre la sábana para recibir á su señora.

El negro ha dicho en confianza que no se llama Peters, sino Isidro, y que la marquesa paga en Madrid ocho duros de alquiler por un cuarto interior de la calle de la Comadre. El título se lo dió el Papa por unas zapatillas que ella le bordó con motivo de su gloriosa exaltación al solio pontificio.

En rigor, aquí no tenemos duques ni marqueses de la alta nobleza, pero en cambio hay gente muy principal de Illescas, Lumbrales, Barba de Puerco y otros puntos importantes de Salamanca, Toledo y Extremadura.

Ahora se espera una familia de Calasparra, compuesta de un matrimonio y siete vástagos, entre los cuales hay dos pollitas que estrenarán aquí unos vestidos verdes con ramos y unos sombreros hechos en casa. Viene también un pollo, hermano de las anteriores, que es, según dicen, una especialidad en las mazurkas y un seductor de oficio, pues sedujo á dos criadas el último invierno.

En fin, la colonia aumenta con nuevos y valiosos elementos, y los portugueses tienen ocasión de admirar los encantos de las hijas de España. Por de pronto, una de estas noches cantará las tan reputadas peteneras cierta señorita de Lugo que está aquí ventilándose, y también se anuncia el dño de los paraguas ejecutado por dos niños de corta edad, hijos de un sastre de Castuera.

Como se ve, la animación y el regocijo nos envuelven y nos fascinan.

LUIS TABOADA.

UNA VISITA DE ENCARGO

Cuando estuve en Alcañiz me encargó Sofia Ortiz que, en cuanto á Madrid llegara, de su parte visitara á una tal Paquita Ruiz.

No bien á Madrid llegué, me puse muy elegante y á cumplir me apresuré sin perder un solo instante la palabra que empeñé.

Voy á la calle del Prado, número tres duplicado, al piso segundo llevo, y me recibe un criado completamente gallego.

—¿Está en casa la señora doña Francisca?

—Está en casa.

¿Le anuncio á usted?

—Sin demora.

Y á un gabinete me pasa,

en donde espero una hora.

Cuando ya me iba á marchar, Paquita se presentó.

Saludé, me saludé...

Y al decirle que cumplía el encargo de Sofia,

me dijo que lo extrañaba,

porque no la recordaba

por más esfuerzos que hacía.

Hablamos, por fin, de asuntos

diversos; tocamos puntos

que por ser breve no cito;

asuntos que todos juntos

no me importaban un pito.

Convinimos en lo malo

que está el mundo, y ampliamente

murmuramos de Vicente,

de Facundo, de Gonzalo...

de todo bicho viviente!

En concepto de truhan
 me a un desdichado Juan
 a mi amigo Juan García,
 que murió de un resaca
 en las Navas del Marqués,
 después de haberme dejado
 sin un real el condenado,
 que estaba de trampas lleno,
 sobre ser mal educado
 y algo amigo de lo ajeno.
 Desde luego convinimos
 en que era un hombre incivil,
 y a vuelta de insultos mí,
 sin compasión le pusimos
 como hoja de perejil.
 Por fin la escena corté
 y, no sin pena, dejé
 a aquel ángel de vandor,
 diciéndole:—Cuente usted
 con un nuevo servidor,
 que, aunque cumple lo mandado,

no dirá esta boca es mía...
 pues si sapiera Sufía
 que Peca Ruiz la ha olvidado,
 de fijo lo sentiría.
 —Pero usted piensa sin duda
 que habla con Peca Ruiz?

—Peca...
 —Si se murió hace ya un mes!
 Yo soy Francisca Cerrada,
 la viuda de Juan García.
 Quedé testada y corrido,
 y al ver de la dama el gesto,
 le dije:—¡¡¡¡¡¡¡¡¡
 Perdona usted que haya puesto
 como un trapo a su marido.
 A lo que ella contestó:
 —¿Cree usted que me cinda? No.
 ¡Si esa lo que prueba es que
 ninguno le conoció
 tan a fondo como usted!

JUAN PÉREZ ZÚSIGA.

LA HUÍDA

(DE TEOFILO GAUTIER)

- Kadija.* La calma es solemne, la noche es obscura
 y no hay ni una estrella que brille en la altura...
 ¡Huyamos! Tus ojos me ciegan y encantan:
 la noche y la noche dirán dónde vamos:
 la luna nos guía, los vientos nos cantan...
 ¡Huyamos, huyamos!
- Ahmed.* Si balmes, tu padre, llorando la afrenta,
 vendrá—¡pobre viejo!—pidiéndome cuenta:
 vendrán tus hermanos, ardiendo en furor.
 ¡Teniremos vergüenza de nuestros amores!
- Kadija.* Si sólo en ti vivo, si nos adoramos,
 ni á persecuciones y ofensas temamos,
 ni al peligro cedan nuestros corazones...
 ¡Vengan desventuras, vengan maldiciones!...
 ¡Huyamos, huyamos!
- Ahmed.* ¡Me siento cobarde!... Tal vez en acecho
 tu padre la ofensa sorprenda en el acto...
 ¡Ya tiemblo, Kadija! ¡Ya creo en mi pecho
 sentir de su hándjar el frío contacto!
- Kadija.* Hija del desierto mi yegua altanera,
 por surcos y trigos corriendo ligera,
 rival de los vientos, dirá dónde vamos:
 mi yegua, impaciente, salvarnos espera...
 ¡Huyamos, huyamos!
- Ahmed.* ¡Ir por el desierto, sin tener siquiera
 tienda de campaña, dulce compañera!
 ¡Sin una sombrilla, que del sol te guardel...
 ¡Tan largo el desierto!... ¡Me siento cobarde!
- Kadija.* Serán mis pestañas tu sombra, alma mía,
 hasta el mismo instante de morir el día;
 y, por la alta noche, para que durmamos
 tranquilos, te juro soltar mis cabellos
 y abrigarte en ellos...
 ¡Huyamos, huyamos!
- Ahmed.* Podremos, por burla cruel del destino,
 confundir el rumbo de nuestro camino...
 Sin agua y sin víveres, entonces, ¿qué haremos!
 ¡Acaso, bien mío, los dos moriremos!
- Kadija.* ¡Te amo y soy dichosa! ¡Cumple mis antojos!...
 ¡Cuando en el desierto de agua carezcamos,
 beberás mis lágrimas de dicha en mis ojos!
 ¡Huyamos, huyamos!

Por la traducción,
 RICARDO J. CATARINEU.

BIBLIOGRAFÍA FESTIVA

VILLANUEVA Y GELTÚ (Casa de
 Santa Teresa) 25 de Julio de 1902.

Sr. Dr. Maroma. En Cádiz (ó donde fuere habido).

Muy atento y muy bondadoso Doctor: Dijo perfectamente el que
 dijo: *á la tercera va la vencida*. Hasta la pacífica, tranquila resi-
 dencia de esta Biblioteca-Museo Balaguer ha llegado—después de
 recorrer media España—el tercero de los ejemplares que usted ha
 tenido la bondad de remitirme sucesivamente, de su interesante
 libro titulado: *LA REVOLUCIÓN ANÁRQUICA SOCIAL*. Y no me parece,
 por cierto, extraño que los dos ejemplares anteriores se hayan
 extraviado en el camino; lo que si me parece asombroso es que el
 tercero haya llegado á mis manos; me apresuro á desvanecer la
 sospecha, que podría surgir en el ánimo de algún malicioso, de
 que había en mis palabras retenciones injuriosas al servicio de co-
 rreos; no, no las hay... lo cual, por supuesto, no significa que no
 pudiera haberlas; significa eso: que no las hay, ni más, ni menos.
 Me asombra que el tercer ejemplar remitido haya llegado á mi
 poder porque, según veo en su atenta y cariñosísima dedicatoria,
 dirige usted sus libros al *Director de España y América*, y yo no

le ayudo, ni soy, ni seré director de ese periódico, sino simple *recomen-*
datario ó redactor de una sección determinada del semanario.

La circunstancia de ser esa sección, la crónica, la que va á la
 cabeza de los demás trabajos del periódico, le ha hecho á usted
 creer sin duda que era yo el director; no lo soy... ni soy siquiera
 encargado en él de la sección bibliográfica: ni aun soy ya cronista,
 pues habiendo de ausentarme de Madrid, por tiempo indefini-
 do, me pareció natural presentar la renuncia de mi cargo y así lo
 hice efectivamente, y ésta es la bendita hora en que ni pienso en
 volver á Madrid, ni sé tampoco si, una vez en la villa y parte,
 reanudaré mis tareas en *España y América*.

Ya ve usted, señor Licenciado, ó señor Doctor, ó lo que usted
 fuere, que lo más natural habría sido que no recibiera yo ningún
 ejemplar de los tres remitidos; he recibido uno, de los tres sola-
 mente dos se han perdido.

«Pudieron perderse todos...
 conque, mejor que mejor.»

como dice el personaje de Florentino Sanz.

Pero ya que uno, casi milagrosamente, se ha salvado, y ya que
 usted manifiesta deseos (para mí inexplicables) de saber lo que
 su libro me parece, voy á decirselo con lealtad y franqueza.

No estoy conforme con la doctrina que en su libro defiende:
 pero el trabajo me parece muy estimable, y eso que ¡caracoles!—y
 usted perdona, señor Doctor—no habrá usted tenido que trabajar
 mucho. Eso de escribir un librito de 167 páginas (en 10^o) y escri-
 birlo con la colaboración de *sesenta y cuatro* hombres ilustres
 (unos menos ilustres que otros) revelará, sin duda, gusto exqui-
 sito, excelente tacto, erudición copiosa y habilidad para la tarea
 de la selección; pero, fuera de esas condiciones—que son, en efec-
 to, ración doble,—el libro de usted, antes que del Dr. Maroma
 es de sus colaboradores, innumerables como los mártires de Za-
 ragoza.

No creo exagerar diciendo esto, porque usted ha tomado para
 su libro párrafos y aun páginas enteras de... verá usted de quién
 (aunque de sobra lo sabrá usted):

Balmes, Castelar, Cánovas, Azcárate, Briancourt, Cals,
 León XIII (*el Papa*), Jovellanos, Fernández, Salvóchea, Valera,
 De Dubose, De Play, Fernández de los Ríos, Pi y Margall, Prou-
 dhon, Garrido, Peña Otero, Ahrens, Pérez Galdós, Thiers, Cam-
 poamor, Moret, Echegaray, Salillas, Bastiat, Laurent, Leibnitz,
 Sama, Giner de los Ríos, Say, Spencer, Krause, Torres-Campos,
 Zozaya, Mañé y Flaquer, Mariano de Cavia, Concepción Arenal,
 Lamennais, González Serrano, Constanzo, Adam Smith, Aristó-
 teles, Stuart Mill, Danton, Comte, Salmerón, Rodríguez Martín,
 Guimerá, P. (*no le conozco*), Ricardo Vargas, Castell, Balaciart,
 Romero Girón, Sanz del Río y Guizot.

¿Sabe usted, compañero—y le nombro á usted compañero por-
 que también soy doctor, *hasta cierto punto*, si bien no Maroma (ni
Amorán, como el tenor de Ricardo Vega),—sabe usted que con esa
 colaboración puede hacerse, no ya un folleto de muy pocas pági-
 nal, sino hasta una obra monumental como la *Enciclopedia ingle-*
sa ó un diccionario universal como el de Larousse?

Y no se crea que los colaboradores con ayuda de los cuales ha
 llenado el Dr. Maroma las páginas de su libro, son tan solamente
 esos pensadores antiguos y modernos incluidos en la lista an-
 terior.

Apeló además al archivo de la diplomacia para buscar la coope-
 ración de *Metternich, Chateaubriand, Berustet y Nesselrot*, firmantes
 del odioso tratado secreto de Verona (1822), y á las Cortes de 1820,
 y á los firmantes del *Comité Central* diplomático de 1865, la Aso-
 ciación Internacional de Valencia, el Senado español de 1892... y
 no sé cuántas colectividades más.

Ya se comprende que para llenar de letras de molde diez plie-
 gos de papel, con juicios, pensamientos, opiniones y artículos de
 todas esas personalidades, el Dr. Maroma debe de haber puesto
 muy poco de su cosecha.

Tan poco es que, en puridad, después de leer todo el librito *La*
Revolución anárquica social (librito cuya lectura recomiendo,
 porque es agradable y hasta... hasta, si se quiere, algo instructi-
 va), me quedo sin saber lo que en el asunto piensa el doctor
 Maroma.

Sé lo que ya sabía: que el famoso exdemagogo Mañé y Flaquer
 atribuye á las *malas lecturas* todas las desventuras que ahora pa-
 decemos; sé, y también sabía esto hace mucho tiempo, que el in-
 signe Campoamor, el gran poeta y *filósofo de broma*, atribuye á los
 socialistas, cuya doctrina seguramente desconoce, este razona-
 miento:

«Tú has producido, yo no he producido: somos *solidarios*, par-
 tamos. Tú tienes algo, yo no tengo nada: somos *hermanos*, par-
 tamos.»

Una humorada en prosa del celebrado autor del *Poema univer-*
sal; humorada que sólo ha cabido en la imaginación creadora de
 D. Ramón, pero en que ningún autor socialista ha pensado
 nunca.

De lo que acerca de lo uno y de lo otro piensa el Dr. Maro-
 ma no sé una palabra: es posible que usted tampoco lo sepa ó
 que, si lo sabe, no quiera decirlo.

De todas suertes, ya comprenderá usted, señor mío, que no
 puedo decirle nada más acerca de su libro, escrito por otros, y
 cuya memoria le agradece su servidor

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ.

LA ORDINANZA



RETAZOS

Entre mi pelo negro está mañana
me he encontrado una cana.
Si qué á ti no te gustan y la arranco;
¡si estuviera en mi poder, morris,
el arrancar la pena
de que es representante el pelo blanco!

Amá Isabel á Manolo,
y su buena amiga Estrella
procura intinar con él,
más que por quererle ella
por quitárselo á Isabel.

Has salido tan ruin, tan embustera,
tan infame, tan falsa, tan traidora,
que con esa belleza tentadora
darás cruel tormento á quien te quiera...
¡y es lo peor, que quien te ve te adora!

Aunque á estas fechas tienes
morcido de sobra el fuego eterno,
cuando tú te condenes
no te querrá Luzbel en el infierno.

Porque abrasas, consumes, desesperas,
vas sembrando á tu paso odio profundo...
y le haces mucha falta en este mundo
para llenar de gente las calderas!

Soy inmortal, señores,
lo sé de cierto:
¡se me han muerto mis hijos
y no me he muerto!...

Algo en ello debo haber.
Las hembras dicen por ser
varones el alma entera,
y no hay hombre que quisiera
haber nacido mujer.

Más de saber, Lucía,
que un novio tiene siempre picardía.
Pide pruebas de amor, por pedir algo,
y en cuanto se las das... ¡échale un galgo!

—¡Buscad á las muchachas!
dice el instinto;
y la razón nos grita:
—¡Temedlas, hijos!
Consejo en balde,
porque también los hombres
son animales.

Bien puede decir cualquiera:
—¡Qué zapatos tan mal hechos!
pues siempre será decirlo
mucho más fácil que hacerlos.

No conozco mujer más festejada.
Los asnos que te ven te piropean
comparándote á un saco de cebada,
que es lo que ellos adoran y desean.
¿Qué he de decirte después de eso? ¡Nada!

La desventaja que llevo
al empezarte á querer
es que ya no he de poder
enseñarte nada nuevo.

El hombre sus promesas
olvida pronto,
y el que no las olvida
pasa por tonto.

Aproximarse á Dios el mundo entero
desea siempre, progresando así.
Yo tengo más modestia. ¡Sólo quiero
aproximarme á tí!

SINESIO DELGADO.

LOS HOMBRES DE ACCIÓN

¡Ojo! que en este artículo pienso dar á ustedes alguna receta
para que se hagan ricos: es cosa que he tomado á empeño y... no
hay quien me desempeñe.

Pues bien, como nadie se hace rico sin el concurso de sus se-
mejantes—porque si Juan Palomo hubiera sido rico habría toma-
do cocinera.—claro es que importa mucho conocer la clase de se-
mejantes de que conviene echar mano en los negocios.

Se juzga generalmente de la aptitud de los hombres, para aso-
ciarlos á nuestras empresas, por lo que nos divierten.

—¡Qué buen trato tiene Gimmersindo! ¡Qué simpático es! ¡Qué
buena sombra la suya! Como él quisiera enterarse, en cuatro días
se pondría al corriente de la fabricación de tafetanes engomados y
sería un gerente muy listo.

—Al lado de Manolo—dice un empresario de teatros—no hay
penas. Anoche se puso á contar cuentos, y con la risa se cayó el
traspante encima de ese comparsa que tiene hidropesía, y por
poco le hace echar el agua por la boca. Si Manolo quisiera hacer-
me un libro...

No tengo el menor interés en ocultar á ustedes que los que así
discurren son tontos rematados, unos de nacimiento, otros des-
vanecidos por el dinero, gente que rápidamente venida á más, que
no quiere tener amigos, sino favoritos y bufones.

Todos incurrimos con más ó menos frecuencia en este error, y
nos enfadaríamos mucho si se nos probara que en este punto
obramos, no como hombres, sino como mujerzuelas.

Un ejemplo. Se puede haber vivido con los caseos á la jineta y
ser propietaria de fincas urbanas. ¿Quién de entre sus amigos
tiene en concepto de la señora más dotes de administrador? El
mejor mozo.

Esto en las mujeres tiene disculpa, porque si el amigo adminis-
tra mal, en cuanto á las patillas de hacha, no pueden llamarse á
engaño: son un prodigio de... frondosidad.

Pero al hombre no le queda el consuelo de tirarle de los pelos
á Gimmersindo.

Y sin embargo, es tan cándido el hombre que incurre en un
error más grande todavía, y es el culto que rinde á la picardía el
inocente.

Se trata del inocente completo; tanto, que cree ser un pillo de
siete suelas; y obsérvese de paso que los pillos deben ser gente
muy tonta, porque con siete suelas en los zapatos será fácil an-
dar por la alcantarilla, pero de ningún modo salir de un trance
apurado.

El inocente que necesita un socio para su empresa no quiere,
sin embargo, ni oír hablar de honradez; los hombres honrados no
sirven para los negocios: á él que le den pillos; cuanto más pillos
mejor, porque es la gente que lo entiende, etc., etc.

Nuestro hombre sale siempre con las manos en la cabeza, por-
que el pillo se come el provecho del negocio.

Y no sirve decirles:—Venga usted acá, majagranzas. Si el pillo
se portara bien y no se quedara con el dinero, no sería pillo, que
sería tonto. Por consiguiente, al buscarle usted por pillo, le au-
toriza usted para que le robe con las licencias necesarias.

Todo inútil. El capitalista inocente se contenta con cambiar de
pillo.

Pero «lo épico de la barbarie», como decían los humoristas
del 68, es buscar para consocio un hombre de acción.

Hay multitud de personas de buen juicio que, entre ponerse el
sombbrero hongo y el de copa alta, se pasan cinco minutos reflexio-
nando.

Todo tiene en este mundo sus ventajas y sus inconvenientes,
como ellos dicen.

Si se ponen el hongo y llueve, como no es un hongo del bosque,
se pone perdido. Si llevan la chistera y se encuentran al sombre-
rero, como éste no la ha cobrado, los pone de «perdis» que no hay
por dónde cogerlos. Se puede evitar el encuentro merced al tran-
via, pero en ese caso tampoco hay temor á la lluvia...

Y así, con un sombrero en cada mano, los sorprende la mujer
en el pasillo.

La esposa se apodera de un sombrero, da un empujón al mari-
do y cierra la puerta; y nuestro hombre se encuentra, sin saber
cómo, en la escalera, muy contento por no haber tomado resolu-
ción alguna.

Llega con cinco minutos de retraso; pero llega.

En cambio su vecino, que es hombre de acción, ha tomado al
salir de su casa lo primero que ha encontrado á mano; el sombre-
ro de su hijo, que es de paja (el sombrero), con sus cintas colgan-
do hacia atrás y por delante su letrero que dice: *Conde de Venudito*.

Le gritan unos chiquillos en la calle; da un puntapié á uno de
ellos; se dispara de una portería la madre hecha una furia; repli-
ca de mal humor el... *marinero*; interviene el padre del chico que
trae el tirapié en la mano y dice al caballero que por qué no le
pega á él y que se casa con veinticinco; el otro larga una bofe-
tada al zapatero, salta de la cabeza el *Conde de Venudito* enreda-
do en el tirapié; zafarrancho de combate, acude la gente y... ¡á la
prevención!

El negocio urgente que el hombre de acción iba á despachar
se queda para otro día.

Apesar de estas quiebras, es un gusto ver cómo el hombre se
desenvuelve de todo y atropella por todo.

Jamás piensa una contestación, habla á golpe, todo se lo en-
cuentra hecho.

—Fulano, ¿á cuántos estamos?

—A treinta y cuatro.

—¿De quién es hija la de Campillo?

—De D. Ramón María Narváez.

Al hombre de acción le sucede, en cuanto habla y en cuanto
hace, lo que al ciego que adivina y decía de qué color era un
caballo con sólo ponerle la mano encima. No acertaba nunca;
pero lo decía enseguida. El hombre de acción pasa la vida recifi-
cando el día anterior y preparando las erratas del día si-
guiente.

Pero tiene Angel y una manera de hacer bajar á todo el mundo de cabeza, que la gente no se encuentra á gusto sin él.

—¿Qué ha pasado aquí? ¡Calla! Se ha hundido la escalera de la buhardilla. Y se ha quedado arriba la parida... A ver, Juan, arríma aquí ese puntal; y tú pon encima ese tablón. Bueno; ¿no hay una sartén? Perico, calza esto con un par de cabecorrons. Tía Remedios, traiga usted esa orza grande de la aceituna. Tó, Perico, ten firme; aquí un par de ladrillos, y tú, Bonifacio, metes un pie debajo. ¡Ea! ya puede subir el que quiera.

Y tiene una suerte tan descarada, que el tenderete no se hunde hasta que él se ha marchado.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.



CONCURSO DE SONETOS

Hasta la hora de cerrar esta edición, cuatro de la tarde del viernes, se han recibido en la Administración ciento sesenta y tres votos.

Por cierto que no esperábamos una votación tan nutrida, y por ella damos las gracias á todos los que se han tomado la molestia de ayudarnos en la adjudicación del premio.

Ahora, he aquí el resultado:

Soneto núm.		Votos.
I.	<i>Innovación... festera</i>	6
II.	<i>A una mujer</i>	1
III.	<i>A don Quijote</i>	1
IV.	<i>Lo que us quiere</i>	4
V.	<i>Romanticismo</i>	7
VI.	<i>La rasura</i>	1
VIII.	<i>Cargo y dala</i>	3
XI.	<i>Consuelo</i>	1
XIV.	<i>Un consejo</i>	8
XV.	<i>Tu cabellera</i>	1
XVII.	<i>Eco il problema</i>	37
XVIII.	<i>Nunca dichoso</i>	1
XIX.	<i>¡Luz!</i>	1
XXI.	<i>Tinieblas</i>	23
XXV.	<i>A Fabio</i>	6
XXVI.	<i>A mi plumer</i>	1
XXVIII.	<i>No sé decirte más</i>	52
XXIX.	<i>Reveries de España</i>	2
XXXIII.	<i>A un materialista</i>	3
XXXIV.	<i>Luz y sombra</i>	4
Total votos.....		163

Queda, pues, premiado con cien pesetas el soneto número XXVIII, titulado *No sé decirte más*, y que volvemos á insertar á continuación:

Gloria tiene que haber mientras aspiras al bien eterno que alcanzar esperas en el mundo hay amor mientras tú quieras y en el cielo habrá luz mientras tú mires.

Las puras auras mientras tú suspires besarán á las flores héchiceras, y habrá virtud hasta que tú te mueras, y habrá belleza mientras tú no espíres.

Que por tí, que eres causa del anhelo que siente por la gloria el alma mía, tienen el pecho amor, dicha y consuelo, la noche estrellas, claridad el día... y si no hubiera, por desgracia, un cielo, cuando murieras tú... ¿se formaría!

Ahora sólo nos resta suplicar al autor que se sirva decirnos lo más pronto posible su verdadero nombre y las señas de su domicilio, para remitirle en seguida el billete.

La carta debe estar escrita en la misma letra que el soneto original y á ella acompañarán, como comprobante, las señas que sirvieron de leña.

Gracias á todos y hasta otra. ¡Aunque crean ustedes que ésta nos ha dado que hacer más de lo que parece!

Dice el corresponsal de un periódico:

«Huelva 30.—Esta noche no ocurrirá nada...»

¡Demonia con el hombre! Y luego dicen que nadie es profeta en su patria. Ahí está uno que se atreve á asegurar que aquella noche no pasaría nada en Huelva.

¡Mire usted que si se la hubiera llevado un ciclón, pongo por ejemplo, se había lucido la profecía!

Todos los años por ahora se tamenan los periódicos, y con razón, de este año de las clases acomodadas que las lleva á derrochar el dinero en países extraños, en vez de dedicarlo á favorecer el maestro, que bien le necesita y que no carece ciertamente de sitios de recreo que podían llegar á serlo que no son por el abandono en que se hallan.

Y el caso es que los mismos que se quejan tienen no pequeña parte de culpa.

¡Cremos ahora mismo, sobre los Santos Evangelios, todos los periódicos españoles, no decir palabra de los respetables señores Gutiérrez que se van por ahí á darse tono... y verán ustedes lo que pasa!

Porque la vanidad de las letras de molde trastorna la cabeza á muchísima gente.

—Préstame un beso, Lucía.
—¡Demóstrate! No tengo gana.
—Tonta, solo por un día.
—No te lo devolvería mañana por la mañana!

Hemos recibido varios ejemplares de distintos números del periódico festivo ilustrado *Madrid Mumbo*, que se publica en la capital de Filipinas, dirigido por nuestro antiguo colaborador y querido amigo D. Emilio del Val.

Dibujado con gracia y escrito con verdadera ingenio, *Madrid Mumbo* es un semanario digno de figurar entre los mejores de su índole que se publican en Europa.

¡Dios le conceda prosperidades, etc., etc., etc.!

¡Ea! Ya nos ha dado á conocer el excelentísimo ayuntamiento el programa de los festejos que prepara para el centenario, después de cabentarse mucho la cabeza.

Oído á la caja:

- 1.º Gran diada por las músicas de la población.
- 2.º Distribución de bonos entre los pobres.
- 3.º Fuegos artificiales.
- 4.º Sesión extraordinaria, á la que asistirá el ayuntamiento en traje de gala.
- 5.º Dos corridas de toros.
- 6.º Un congreso municipal.
- 7.º Conciertos en un pabellón que levantará el municipio... y que costará un ojo de la cara.

Y 8.º Recepción en el ayuntamiento.

¡Me parece que Colón quedará satisfecho!

Yo echo de menos una cosa impor ante.

¡Cacañas!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Fray Viriato.—¡Ay, no! porque ha enmendado usted aquí y ha dejado otros. Por ejemplo:

«al contacto de aquel cuerpo tan hermoso»

es más largo de lo que las ordenanzas permiten. La cosa no tiene com-postura.

Pintura.—Llegó tarde, y... no se hubiera publicado tampoco.

Suñer.—Digo lo mismo que á *Pintura*.

Voltaire.—Ídem de lienzo.

Un castaño viejo.—Sigo con la misma contestación.

Hermegil.—Y continúo; con lo cual no se puede negar que abrevio la tarea.

Macías.—Por no variar, lea usted lo de *Hermegil* y estamos al cabo de la calle.

Filipe Vega.—Y usted lo mismo. ¡Santo Dios! Todo se vuelven sonetos retrasados.

Sr. D. R. M.—Barcelona.—La contestación «no entró en turnos» quiere decir que no fué admitida.

Colilla.—¿Querrá usted creer que ese soneto me suena?...

Zapenco.—Toda no puedo publicarla por falta de espacio, pero una pequeña parte sí, para que no diga usted que no le complazco.

«Al inventor del submarino D. Isaac Peral»

Cantar quiere en este día mi lengua lo más laudable, lo más bello y más hermoso lo más digno de cantarse, de cuanto hay bajo ese cielo do habita el eterno Padre, de los resplandentes astros su preciosa luz radiante hacia el misero mortal todos los días espárcen...»

Y así sucesivamente.

Moral.—Son demasiado inocentes ambos.

Sr. D. M. J. M.—Creo que se ha publicado aquí mismo un epigrama con idéntico asunto. Pero tenía la ventaja de no pasar de ocho versos.

¿*Encaja*?—En el abanico sí,

en un periódico no.

Pasca.—Pero eso ni allá ni aquí...

porque se lo digo yo.

Un *cualquiera*.—No está mal quejarse de haberse casado; pero ¡param-bal se ha quejado de la misma manera tanta gente...

ANUNCIOS



Hán venido de Aragón
comisionados de frac,
para ofrecer á Colón
el rico Aragón Cognac.
Vicente Lóbez.—Zaragoza.



¡Carrascías, carrascías, carrascías!
Nadie gana afeitando á Tomás.
Alcalá, 40.



Las camisas de Martínez
tienen la ventaja inmensa
de que á veinticinco millas
se conoce que son buenas.
San Sebastián, 2.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA

REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MALAGA-MANZANARES



Esta americana
compré á Pesquera,
y voy más elegante
que otro cualquiera.
Magdalena, 20.



—Señores arzobispos,
¿dónde coméis?
—Pues en Las Tullerías,
Matute, 6.



—Duerme tranquilamente, sin miedo alguno,
que tienes una cuna sobredorada
del Bazar de la plaza de la Cebada,
número uno.



¡Cuando de firme
duele un raigón
no hay más remedio
que la extracción!
Tirso Pérez.—Mayor, 73.



Me ha contado un señor otra
que nadie va de parranda
sin llevar vino de Arganda
sin mezcla ni compostara.
Barco, 10.



Desde que mi prima Justa
bebe cognac de Bogueur,
me parece que me gusta
mucho más que mi mujer.
Sobrinos de Guineta.—Carreras, 27

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 14 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

El número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

ENVIADO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID